

LOS CATOLICOS Y LA POLITICA (*)

POR

ANDRÉ ROCHE.

Tal es el título de un artículo de Louis Bouyer que *La France Catholique*, del 11 de diciembre de 1970, en su "tribuna libre" ha publicado, cubriéndose con esta reserva: "las opiniones emitidas en esta sección no comprometen a nuestro periódico" (n. d. l. r.).

Este artículo nos parece lleno de cosas excelentes.

"Toda teología que pretenda ser cristiana —se lee en él— que no desemboca en una teología política no es más que una fuga a lo irreal. Ahí tenemos, al parecer, el gran descubrimiento de nuestro tiempo.

"Confieso que cuando oigo esto me entran ganas de frotarme los ojos porque me pregunto si es que estoy soñando. Ciertamente es posible que la gran innovación exigida a la Iglesia por nuestro tiempo sea la de que intervenga en la política. Yo tenía la impresión —con perdón— de que, en Francia, hace mucho tiempo que no ha hecho otra cosa.

"En la época en que yo no era aún católico, pero en la cual comenzaba a tomar contacto con el catolicismo, parecía imposible ser un buen católico si no se era de Acción Francesa.

"Después vino el trueno de una "condena" que sorprendió a casi todo el mundo. Es cierto que entonces se vio a los católicos más dóciles (...) preguntarse si al fin y al cabo no se podría ser

(*) Destacamos muy especialmente el extraordinario interés y actualidad de este trabajo aparecido en *PERMANENCES*, 77, de febrero de 1971, bajo la firma de André Roche. El artículo que le sigue, en este *VERBO*, *Magisterio y compromiso temporal*, del P. Monsegú, se complementa magníficamente con él.

católico sin tener que alistarse, en cuanto católico, en uno u otro partido político.

"Pero esta incertidumbre fue de corta duración (...). Muy pronto, la democracia cristiana pasó a constituir la política que todo cristiano católico consecuente tenía obligación de hacer suya.

"Vinieron la guerra de España y el Frente Popular: pareció entonces que el humanismo integral (que el catolicismo no podía dejar de ser) sería, si no marxista, al menos socialista.

"La guerra, es cierto, sobrevino casi en seguida, y después la hecatombe...; y los católicos, en conjunto, se hicieron "mariscalistas", antes que la victoria de los aliados hiciera de ellos los más fieles "Generalistas". El M. R. P. fue el artífice de esta sorprendente recuperación (...).

"Desde entonces (...) el "partido clerical", como dicen las gentes, parece reconstituido, si no me equivoco, en el P. S. U. Hay, sin embargo, al parecer, un grupo de irreductibles del lema *politique d'abord* (política ante todo), equivalente de hecho a "política por encima de todo", que desean primordialmente: una adhesión pura y simple de los cristianos, bajo órdenes expresas de las autoridades eclesiásticas, a los partidos comunistas, bien de obediencia moscovita, bien pekinesa (...).

"Pero, esta vez, se nos dice, ya no es lo mismo. Hasta ahora la Iglesia se mezclaba en asuntos que no le importaban queriendo imponer su política, una política sacra, a la ciudad temporal. Hoy, por el contrario, se trata de reconocer la autonomía de lo temporal. Se trata, para ello, no solamente de desacralizar el cristianismo mismo (...).

"¿Era, pues, una política "sacra" el maurassianismo? ¿Era una política "sacra" el democratismo de Francisque Gay y de Georges Bidault? ¿Era una política "sacra" el neo-socialismo lanzado por Jacques Maritain? (...). Y no sería una típica "política de curas" la que hoy consiste en correr en socorro del marxismo (...).

"Todas las políticas que los curas nunca "han sido capaces de inventar por sí mismos, pero que son (políticas) de gentes que les parecen destinadas a (...) tener la sartén por el mango..."

"Seamos serios (...). No son los ascetas, no son los hombres de oración, no son los que dan testimonio de lo invisible quienes, como se pretende, alejarían a los hombres de hoy de la Iglesia por su supuesta evasión: son todos nuestros frailes zascandiles, todos nuestros fanáticos para quienes la religión no parece tener otro objeto que atizar las pasiones que ya serían bastante violentas sin ello."

.....

Esta es la opinión de Louis Bouyer.

No hemos transcrito su artículo totalmente. Pero he ahí lo esencial..., que nos parece hartamente instructivo, no solamente por lo que denuncia, pero más aún quizá por lo que calla o deja en equívoco.

Efectivamente, nos parece que dice demasiado por lo que no dice.

Parecería que las fórmulas políticas que desde hace cuarenta años han conseguido la adhesión de los católicos franceses se deben rechazar a un mismo rincón, por contradictorias que parezcan...; la sola actitud poco sospechosa de sectarismo estaría al lado de esa "evasión supuesta", de "los ascetas", de "los hombres de oración", de "los testigos de lo invisible".

Es una opinión.

Si estuviéramos entre protestantes, quizá valdría la pena detenerse en ella.

Pero estamos entre católicos, es decir, entre fieles de una iglesia jerárquica. Parece, por ello, que sobre un tal tema debemos oír, ante todo, la opinión, si no la orden, de la jerarquía. Porque no se puede pensar que nos encontramos ante una de esas cuestiones libres jamás zanjadas aun por el Magisterio.

Desde las disputas ensordecedoras del "sacerdocio y el imperio", los actos de la autoridad católica, ¿no han iluminado bastante esas relaciones de la política y de la religión?

¿No sería mejor referirse a ellos, en lugar de epilogar como si la orientación a tomar y el juicio a hacer quedaran a la libre determinación de cada uno?

Esa doctrina, ¿recomienda, sí o no, una proyección de la enseñanza católica en el ámbito social, cívico y político?

En caso afirmativo, queda claro que en ella está lo que es honesto decir ante todo, que en ella está lo que hay que recordar y precisar. Tanto más cuanto que únicamente la referencia a esta doctrina puede permitir apreciar debidamente la calidad de las opciones políticas eventualmente propuestas a los católicos.

Pío XII lo ha dicho en innumerables ocasiones, sin la menor sombra de equívoco: "Con el pretexto de defender a la Iglesia del riesgo de desorientarse en la esfera de lo temporal, una consigna continua acreditándose en el mundo: vuelta a lo puramente espiritual. Y por esto se entiende confinarla estrechamente en el ámbito de la enseñanza dogmática, la ofrenda del Santo Sacrificio, la administración de los sacramentos, a prohibirle toda invasión, cualquier derecho de inspección en la esfera de la vida pública, toda intervención en el orden civil y social. Como si el dogma no tuviera nada que ver en todos los campos de la vida humana, como si los misterios de la fe con sus riquezas sobrenaturales debieran de abstenerse de sostener y tonificar la vida de los individuos y, por consiguiente, de armonizar la vida pública con la ley de Dios, de impregnarla del espíritu de Cristo. Semejante vivisección es sencillamente anticatólica" (1).

La Iglesia no puede encerrarse, "inerte, en el silencio de sus templos (y desertar) así de la misión que le ha confiado la Providencia de formar al hombre completo y, por eso, de colaborar incesantemente en el establecimiento de los cimientos sólidos de la sociedad. Esta misión —insiste Pío XII— es para ella ESENCIAL. Considerada desde este punto de vista, se puede decir que la Iglesia es la sociedad de aquellos que, bajo la influencia sobrenatural de la gracia en la perfección de su dignidad personal de hijos de Dios, y en el desarrollo armonioso de todas las inclinaciones y energías humanas, edifican la poderosa armazón de la comunidad humana" (2).

(1) Discurso a la "Unión Internacional de ligas femeninas católicas" (1947).

(2) Discurso de Pío XII a los nuevos cardenales, 20 de febrero de 1946.

Esto nos parece tan claro como muy alejado de una "evasión" hacia la "ascesis", la "oración", el "testimonio invisible", como únicos ideales que procuran el efecto de alejar al cristiano de todo compromiso temporal.

Y por esto (cualesquiera que puedan ser los inevitables inconvenientes pasionales, miserablemente humanos), el compromiso social cívico, político, del cristiano es un deber tanto más imperioso cuanto que las formas actuales de gobierno son democráticas, es decir, que exigen la participación de todos los ciudadanos.

"Deber sagrado" (3) sobre el cual la Iglesia no ha cesado de llamar la atención de sus fieles, sobre todo desde Gregorio XVI. De donde su insistencia, desde la misma época, de enseñar, de recordar, de repetir la doctrina indispensable para la plena comprensión y la sana orientación de nuestros compromisos sociales, cívicos y políticos.

A partir de ahí, hallamos varios grados en los escándalos posibles, de los cuales el primero es el celo indiscreto, el abuso de poder, el trasiego de influencia eclesiástica en esa esfera de la acción política que según la famosa distinción católica de los dos poderes: espiritual y temporal (4), no puede, no debe, ser posesión de la autoridad específica de los clérigos.

Pero si el celo indiscreto, el abuso de poder y el trasiego de influencias eclesiásticas son odiosos incluso cuando invocan la ortodoxia, hay que admitir que resultan escandalosos y literalmente subversivos cuando tienen por objeto doctrinas u opiniones indiferentes, si no perjudiciales, a lo que puede quedar aún de cristiano en la Ciudad.

Como ha señalado Jean Madiran en tres párrafos decisivos (5) ...

"... si los hombres de Iglesia, en beneficio de una pastoral mundial, estiman que deben negar su apoyo a la defensa de cier-

(3) La fórmula es de Pío XII. Quincuagésimo aniversario de *Rerum Novarum* 1-6141.

(4) Cfr. de Jean Ousset, *Mission Politique des Laïcs*. C. L. C. 49, rue des Renaudes, París, 17.

(5) *Itinéraires*, núm. 67, págs. 203-4, rue Garanciere, París 6.º

tas patrias carnales, no pueden de ninguna manera, no pueden sin abuso, no pueden sin crimen, desviar a los ciudadanos de la defensa del modesto honor de la casa solariega, de la libertad de la ciudad, del interés y aun de la vida de la patria...

“Además, las posibilidades de desaparición o de supervivencia de las fuerzas políticas, de las clases sociales, de los pueblos y de las civilizaciones son constantemente modificadas por la acción de los seculares. Y es su deber y su vocación modificarlas, sin creerse aprisionados por el pronóstico especulativo que haya podido hacerse, incluso con toda exactitud, en un momento dado.

“Por ejemplo, se puede eventualmente, en cierto momento, formular el pronóstico de que el comunismo tiene todas las probabilidades de ganar en un país o en un grupo de países. Ante este pronóstico, los hombres de la Iglesia toman las disposiciones o precauciones apostólicas que creen deben tomar. Quedan a su juicio y son responsables delante de Dios. Pero si, en función de ese pronóstico, los hombres de Iglesia se dedican además a persuadir al conjunto de los católicos de que deben desolidarizarse de todo anticomunismo temporal, entonces esos hombres de Iglesia aseguran así, positivamente, la victoria del comunismo, al desmovilizar, dispersar o paralizar la resistencia. Es precisamente cuando el comunismo tiene probabilidades objetivas de ganar en un país, cuando tiene la máxima importancia combatir esas probabilidades, y derribar ese pronóstico fundado especulativamente, y hacer la historia en lugar de padecerla.”

Esto es lo que se discute ...

...y lo que no dice el artículo de Louis Bouyer.

Al leerlo, se creería que ésta es una de las horas más tranquilas, y que si las disputas dividen a los católicos hoy en día, éstas son tan vanas como aquéllas sobre el sexo de los ángeles que alborotaban a Constantinopla.

Porque, ¿existe o no, actualmente, un enemigo del orden natural y cristiano?

¿Hay, o no, errores y fuerzas sociales o políticas a las que la Iglesia nos pide combatir desde hace más de un siglo?

Verdaderamente, es demasiado apresurado y simple limitarse a

evocar en serie las indiscreciones, los abusos de poder, los trasiegos de influencia eclesiástica, con los que se hayan podido beneficiar antaño la Acción Francesa, la Democracia Cristiana, un "humanismo integral" socializante, el "mariscalismo", el M. R. P. o de las que aún se beneficia el P. S. U. y el comunismo (moscovita, pekinés o castrista). Semejante enumeración es demasiado superficial y rechaza demasiado cómodamente al enemigo sin dañarle. Para comprender y juzgar con provecho es indispensable ir más adelante. Es indispensable no solamente registrar, sino estudiar la orientación del desmoronamiento realizado con la sucesión de las diversas fórmulas evocadas por Louis Bouyer.

Ciertamente que, como éste observa muy atinadamente, la fórmula del "compromiso nacional" maurrassiano no era (y no se presentaba como) una receta de "política sacra". En todo caso, ofrecía el curioso aspecto de un incrédulo que consideraba un deber (a pesar de su incredulidad y solamente en nombre de la salvación del pueblo, en nombre únicamente de la armonía humana, social y política) pedir que la Iglesia católica y romana ocupe en la nación el sitio que le corresponde.

Una vez que el agnosticismo de Maurras hubo servido de argumento a la intervención eclesiástica conocida, fueron propuestas a la preferencia de los cristianos otras fórmulas políticas. Jacques Maritain, Francisque Gay, Georges Bidault (Louis Bouyer parece haber olvidado a Emmanuel Mounier y su revista *Esprit*) fueron sus principales campeones. Esta vez todos eran seglares considerados como católicos. Y entonces, ¿qué propusieron? En comparación con el incrédulo Maurras, ¿se les vio dedicarse más que él a proclamar el Derecho natural y cristiano, y a difundir de la doctrina social de la Iglesia? ¿Se les vio convertirse en apóstoles de la *Quas Primas* (6) y de la *Divini Redemptoris* (7)?

(6) Encíclica de Pío XI instituyendo la fiesta de Cristo Rey para recordar al mundo moderno la soberanía de Cristo sobre las naciones y sus Gobiernos, sobre la sociedad civil y sus instituciones.

(7) Encíclica de Pío XI sobre el orden social y político en general... y contra el comunismo en particular.

De ninguna manera.

Con el pretexto de terminar con una concepción "sacra" del orden social y político, esos seculares católicos desviaron en realidad al conjunto de los fieles de la doctrina en alto grado profesada en la misma época por Pío XI y Pío XII. De hecho, y a veces incluso muy explícitamente, esos seculares católicos volvieron a poner de moda el viejo ideal del Sillon, denunciado y condenado por San Pío X porque era un ideal "emparentado con el de la Revolución" (8).

Pero ideal que no estaba más que emparentado con esta última. Quedaba, por tanto, la posibilidad de una segunda etapa.

La de un tránsito explícito y formal al servicio de la Revolución. Tránsito consumado a partir de entonces, como lo deja entender Louis Bouyer, bajo la mirada benévola cuando no el apoyo de la autoridad de un número considerable de clérigos.

De lo cual resulta que en la enumeración sin matices de Louis Bouyer hay que distinguir tres grados.

Primero: el de la Iglesia y de su doctrina presentadas y defendidas por un incrédulo como indispensables para la plena expansión y la salvación de la nación.

Segundo: el de la Iglesia y de su doctrina hábilmente vaciadas por seculares católicos de toda vida social y política con el pretexto de "desacralización".

Tercero: el de la Iglesia y de su doctrina, explícitamente contradichas por clérigos, por miembros de la Jerarquía, por numerosos movimientos católicos "autorizados" o eclesiásticamente patrocinados, para poder así comprometer mejor a la totalidad de los católicos en el servicio de la Revolución.

Tres distinciones importantes...

... ya que en la primera fórmula, a pesar de la incredulidad de

(8) Cfr. carta de San Pío X: *Notre Charge Apostolique* (25-8-1910). Párrafos 40 y 41 "(...) en que ha venido a parar el catolicismo de Le Sillon. (...) de aquí en adelante no forma más que un miserable afluente del gran movimiento de apostasía organizada. (...) Su ideal (siendo) pariente del de la Revolución (no teme) hacer entre el Evangelio y la Revolución aproximaciones blasfemas..."

su autor, la Iglesia, su doctrina, el orden cristiano, se encontraban explícitamente propuestos y defendidos, mientras que en la segunda estaban piadosamente "fingidos" por pretendidos católicos, y manifiestamente por los clérigos en la tercera.

* * *

Desde entonces, el mal es bastante evidente.

Incluso cuando su explotación es tendenciosa, los hechos son bastante claros para no ser objeto más que de discusiones superficiales. Son prácticamente comentados por los periódicos de todas las tendencias.

Por ejemplo, "la conclusión del informe del R. P. Girardi en Marienbad (9), documento extraído del dossier núm. 3-1937: "La Iglesia y los no creyentes", publicado por el "Secretariado General del Episcopado (Oficina para los no creyentes. J. F. Six, 127, calle de Notre-Dame-des-Champs, París 6.º) ... Esta "conclusión está publicada bajo el título "Cristianos y Marxistas frente al problema de la paz: implicaciones doctrinales". En subtítulo: "Las dificultades doctrinales no son insuperables" (...) "La paz no consiste en la tranquilidad del orden existente, sino en un orden a instaurar (*) por la acción solidaria de los hombres a escala mundial. En este sentido, LA PAZ PASA POR LA REVOLUCION (10). La conciencia de la grandeza y de la urgencia de esta misión histórica es un signo de madurez del hombre contemporáneo y puede anunciar el advenimiento de una nueva era.

"La revolución integral tiende a realizar una humanidad nueva (*) (...). Comporta una conversión interior, una nueva perspectiva ideal, una nueva actitud hacia los hombres centrada sobre el amor y la libertad. Pero no habrá revolución cultural sin revolución estructural (*): no habrá humanidad nueva sin economía

(9) Conclusión publicada íntegramente, sin comentario, en *Permanences*, núm. 48, pág. 61.

(*) En el texto va en *itálica*.

(10) Subrayado por nosotros.

(*) En el texto va en *itálica*.

nueva, sin que los nuevos ideales se hayan encarnado en las nuevas estructuras. El régimen de propiedad debe, pues, ser transformado por una intervención enérgica de la autoridad pública, nacional e internacional, y estar orientado al servicio de todos los hombres bajo el control efectivo de la mayoría.

"La acción auténticamente revolucionaria es aquella que es capaz de alcanzar ese doble resultado. Aunque el recurso a la violencia pueda, a veces, estar justificado como solución extrema para detener la violencia, *el método más conatural a las exigencias revolucionarias es la acción no violenta* (*). Aunque la dictadura pueda ser justificada como solución excepcional y a título provisional, la Revolución no puede considerarse como lograda más que si su estabilidad está fundada en el apoyo libre de las masas populares.

"Esta disociación de la violencia y de la revolución es de la más alta importancia para el porvenir de la humanidad (*). *Convierte a la Revolución en un acto de fe en el hombre y asume los riesgos de ello* (11).

"Estas convergencias son susceptibles de precisiones y de desarrollos ulteriores, especialmente en lo que atañe a la concepción del derecho de propiedad (*). Bajo su propia responsabilidad, los cristianos podrán buscar EN LA LINEA DEL SOCIALISMO (11) la solución de los problemas técnicos que las directrices conciliares les dejan abiertos y trabajar en hacer evolucionar a los Estados socialistas en sentido pluralista. Elección doctrinal y técnica que necesariamente va acompañada de una actitud de crítica constructiva frente a las realizaciones históricas del socialismo."

Alarde de ingenio cuya formulación, más o menos insidiosa, más o menos brutal, es cada vez más corriente en los movimientos o círculos animados, inspirados, por clérigos, algunos de los cuales no vacilan en participar abiertamente en la acción revolucionaria. El ejemplo de países de viejas tradiciones católicas, como

(*) En el texto va en itálica.

(11) Subrayado por nosotros.

España, Portugal y la mayoría de los Estados de la América Latina, es significativo. Un número creciente de eclesiásticos, de religiosos y aun de prelados constituyen en esas regiones lo que algunos no han dudado en denominar "la punta de lanza de la Revolución."

Curas agitadores, monjes conspiradores, dominicos de combate, jesuitas de choque, obispos o cardenales cómplices o complacientes, atraen la atención mundial cada vez con más frecuencia.

Curas de "Tercer Mundo" en América Latina. Curas del grupo "Golconda" en Colombia.

"La Revolución se nos presenta (...) como la única vía posible", se podía leer en un manifiesto (suscrito por *Temoignage Chretien*, por *Christianisme Social*, por *Economie et Humanisme*, por *La Lettre*, por *Freres du Monde*, por *Terre Entiere*, por el *IDOC*, todos grupos muy calificados, cuando no dotados de apoyos eclesiásticos). *Esta revolución, precisa este manifiesto*, "supone un cambio radical de las estructuras económicas y políticas. Pero no habrá revolución estructural sin revolución cultural. No ignoramos que esta revolución implica un replanteamiento del cristianismo en sus formas de pensamiento, expresión y acción. Estamos convencidos de que nuestro compromiso debe inscribirse en la lucha de clases y de las masas oprimidas, para su liberación, en Francia como en el mundo. La lucha revolucionaria se inscribe en la perspectiva de la construcción del reino de Dios sin identificarse con él. Reconocemos a todo cristiano, como a todo hombre, el derecho de participar en ese proceso revolucionario, incluida la lucha armada."

En cuanto al Padre Cardonnel, en el curso de su "Cuaresma" dijo en la *Mutualité* (1968): "Sin una lucha revolucionaria no hay una verdadera cuaresma (...). Una huelga general que paralizara los mecanismos de muerte de una sociedad fundada sobre el lucro, yo no dudo en afirmar que sería la Cuaresma que agradaría a Dios y que sería la gran liturgia contemporánea de la Cuaresma."

A partir de entonces ya no cabe extrañarse de que *l'Express* pudiese rotular sin demasiada inverosimilitud: "La Iglesia vira

a la izquierda" (12). Es evidente que este comentario es tendencioso. ¿Pero quién se atrevería a calificarlo de sin fundamento?

"Los obispos, se lee en ese artículo, protestan en balde que quieren ser neutros en política, porque el cambio de línea afecta, quiéranlo o no, a los equilibrios nacionales. Y los católicos aficionados a matizar estiman que, para ellos, en adelante, el camino está abierto hacia la izquierda. Consecuencia lógica.

¿Ejemplos? Los hay múltiples (...). En el Canadá, la mayoría de los miembros de la extrema izquierda son católicos (13). En Chile, Salvador Allende, el nuevo presidente, sólo pudo tomar el poder gracias a que la televisión de la universidad católica era la más izquierdista de todas porque una fracción de la democracia cristiana se ha inclinado de su lado. En el Brasil y en España a partir de ahora un cierto número de presos políticos está formado por militantes católicos. Finalmente, en Francia, los acontecimientos de 1968 han permitido a numerosos militantes cristianos saltar sin escrúpulos más allá del partido comunista. Se instalan en las vanguardias "gauchistes" junto a los señores Alain Krivine o Michael Rocard. Más profundamente, constituyen una de las fracciones importantes de la C. F. D. T. (...). Todavía en 1949, Pío XII afirmaba que los católicos que apoyaran al comunismo serían excomulgados. ¡Hoy en día, esas palabras carecen prácticamente de significación!

"Esta carrera hacia la izquierda a nivel de los militantes cris-

(12) *L'Express*, núm. 1013, 7-13 diciembre de 1970.

(13) *L'Express* no hubiera exagerado nada diciendo que, en el Canadá, es en los grupos católicos, y gracias especialmente a la benevolencia del cardenal Leger, donde las ideas de extrema izquierda han podido abocar y difundirse en el Quebec; las universidades sedicentes católicas de Montreal y de Laval han jugado el papel de auténticas casas-cuna marxistas en la *belle province*. Los dominicos, "que están cerca de la caída (casca-da) ... de Montmorency" (como les gusta decir en un juego de palabras a los quebecquenses) tienen una responsabilidad particularmente clara en el *gauchissement*, "izquierdización", de esta parte de "las riberas del San Lorenzo. (Las cascadas de Montmorency, a algunos kilómetros de Quebec, son en un poco más altas, pero mucho más estrechas comparadas a las del Niágara. Están dominadas por un convento de dominicos).

tianos —aunque solamente de una parte de ellos, porque, como prueban los sondeos, el voto católico permanece, masivamente, como voto moderado—, va a llevarles paradójicamente al marxismo. Pero esta vez, sin incomodarles. Porque a sus ojos, el marxismo ha sido exorcizado por mayo de 1968, por Camilo Torres, el sacerdote colombiano muerto en la guerrilla, y por los clérigos encarcelados en prisiones españolas (...).

”En la última asamblea internacional de sacerdotes “contestatarios”, en Amsterdam, en octubre, un grupo de sacerdotes españoles terminó con esta frase de largo alcance: “el amor a los hombres, que hay que acercar unos a otros, no autoriza una pluralidad de opciones políticas”. Esta vez, se ha dicho todo. Para los autores de este aforismo, todo el catolicismo debe inclinarse del lado de la Revolución. Hay que llamar a las cosas por su nombre: entre ciertos católicos muy comprometidos está naciendo un maurrassismo de izquierdas sobre los escombros del de la derecha. Es decir, una tentativa de ligar política y religión, no ya al servicio de la monarquía, no ya al servicio de las buenas intenciones de la democracia cristiana, sino al servicio de una vaga insurrección, llena de generosidad y de confusión. (...). Un jesuita que dirige unas escuelas de formación en América Latina comprueba: “De treinta jóvenes que formo, quince, al cabo de un año de estudios, se incorporan a las filas del Partido Comunista.”

Así, *l'Express* confirma, a su estilo, el juicio que hemos formulado sobre la naturaleza del desmoronamiento realizado desde los tiempos clericales de la Acción Francesa.

De esta manera se descubre que no fue tanto el principio *politique d'abord* la causa real de las dificultades eclesiásticas de la Acción Francesa, porque un *politique d'abord* es ahora más que nunca la regla de lo que el universo católico tiene de más clericalmente escogido.

En el fondo, la razón del odio con que Charles Maurras fue perseguido es que este pobre incrédulo, para asegurar mejor la salvación de la Ciudad, tuvo la precaución de creer en la acción bienhechora de la Iglesia y de su doctrina, en los beneficios de su

orden y en los de su irradiación, al mismo tiempo en que unos propios creyentes y clérigos se preparaban a desalojar esta Iglesia de la vida social, siempre en provecho de un *politique d'abord*, pero de un *politique d'abord* revolucionaria.

Hay que agradecer al *l'Express* el haberlo comprendido y haberlo dicho claramente.

* * *

La misma acogida se dispensa a la acción política revolucionaria en el artículo de Su Excelencia Monseñor Maury, arzobispo de Reims, publicado en el boletín diocesano de esta misma ciudad el 31 de julio de 1970 bajo el título *Reims Ardennes*. Artículo significativamente reproducido por *La Croix* (del 3 de agosto) y en *La Documentation Catholique* (del 20 de septiembre).

"El Papa —se lee en él— ha recibido a tres dirigentes de los movimientos de liberación de Africa Portuguesa: de esos que desde hace diez años cierta prensa califica de "rebeldes" o "terroristas". Es un acontecimiento muy importante para Africa y para el mundo.

"Portugal lo ha tomado muy a mal y ha llamado inmediatamente para informarse a su embajador en la Santa Sede. Nada mejor hubiera podido hacer para proporcionar una amplia publicidad a este asunto. Toda Africa exulta alegría. Basta para convencerse de ello con leer los *Semanarios Católicos* (14) africanos.

"El lenguaje diplomático, poco permeable a la opinión pública, que utiliza el Vaticano para justificarse respecto de Portugal no modifica nada (15). Sus servicios sabían ciertamente muy

(14) Subrayado por nosotros ... porque nos parece muy significativo que los semanarios católicos se engalanan muy especialmente para esta audiencia reservada a auténticos agitadores revolucionarios.

(15) He aquí algo que por lo menos tiene la ventaja de ilustrarnos acerca del sentido objetivo que convendrá saber conceder de aquí en adelante a las declaraciones del Vaticano.

bien a qué personajes introducían (16) en una de sus audiencias llamadas especiales, reservadas a pequeños grupos, porque no se admite a todo el mundo.

"Todas las grandes potencias coloniales han permitido a sus antiguas colonias acceder a la independencia y les han ayudado a ello (17). Únicamente se niega Portugal, que mantiene su autoridad por la fuerza (18).

"Sus ejércitos persiguen a los nacionalistas en la selva, donde se refugian. Estos a su vez se organizan en ella, y surge la guerra que pronto cumplirá diez años. Esto resulta para África una provocación y un escándalo permanentes, tanto más cuanto que es una nación oficialmente católica la que niega a estos pueblos el derecho a su libertad y a su promoción. Se subraya la contradicción de esta actitud de violencia con las encíclicas y mensajes (19)

(16) Por tanto, Su Excelencia Monseñor Maury estima que los servicios del Vaticano estaban advertidos de los perfeccionamientos técnicos que esos visitantes habían aportado a la acción revolucionaria. En efecto, hasta ahora, todo fiel cristiano sabía por el martirologio la eficacia relativa del corte de los cuerpos en sentido horizontal. El realismo de la banda de uno de los agitadores recibidos por el Santo Padre ha permitido puntualizar las ventajas del corte de los cuerpos en sentido longitudinal, como se hizo con todos los habitantes (blancos y negros) de un pueblo de Angola. Lo cual, según Su Excelencia Monseñor Maury, no es suficiente para justificar los calificativos de "rebeldes" o de "terroristas" usados por "una cierta prensa" respecto de esos personajes.

(17) Especialmente la URSS, respecto de la cual el universo entero ha podido comprobar lo bien que ha sabido devolver su independencia a Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria, sin hablar del Turkmenistán, del Uzbekistán, del Kirgizistán. En cuanto a la China comunista, nadie ignora la delicadeza de los escrúpulos de que ha dado ejemplo en su "liberación" del Tíbet.

(18) Como escribe muy bien J. M. en *Itinéraires* (núm. 147, pág. 285): "Qué criminal es Portugal: mantiene su autoridad por la fuerza. Si mantuviera su autoridad únicamente por la dulzura, como tan bien hacen Mao, Bresneff, Bumedian, Nasser y otros, no tendría fricciones con Monseñor Maury ni con Pablo VI."

(19) Señalemos de paso que, contrariamente a la afirmación de S. E. Mgr. Maury, no existen Encíclicas de Juan XXIII referentes a esos

que Juan XXIII, entre 1960 y 1962, enviaba a cada uno de los Estados africanos para celebrar su independencia.

"En Dakar y en Kinshasa he recibido varias veces a representantes de los nacionalistas africanos de Guinea, Bissao y de Angola (20). Ponían todas sus esperanzas en el Papa a fin de que fuera reconocida y abogada la legitimidad de su causa. Ya los obispos de Africa han tomado posiciones muy firmes a este respecto."

Etcétera.

Sería muy largo de reproducir todo el artículo. Su espíritu y el tono están suficientemente indicados en lo que precede. En cuanto a las perifrasis, a los adjetivos, a los esquemas de presentación, la Revolución no habla de otra manera.

* * *

Tal es, a nuestro parecer, la forma de subversión más peligrosa hoy día, porque es la más insidiosa.

Es imposible, no solamente silenciar sus progresos evidentes, sino combatirla únicamente de una manera implícita.

Nos fijan el deber de intervenir clara y directamente. El terreno y los límites de la acción que siempre han sido los nuestros (combate del laicado en este ámbito de lo temporal, que es el de nuestra autoridad y de nuestras responsabilidades específicas).

Si hemos rehuído hasta aquí participar en los combates de tantos amigos, en el plano litúrgico, por ejemplo, tanto más esto

acontecimientos. En cuanto a los diversos "mensajes" ... "diplomáticos vaticanos" de que se alardea —escribe J. M. en *Itinéraires*— de lo que iba a resultar la atroz "congolización", "se comprende que Portugal, aleccionado por semejante experiencia, no se haya precipitado por ese camino".

(20) Su Excelencia Monseñor Maury ha sucedido, en efecto, a Su Excelencia Monseñor Marcel Lefevre como Delegado Apostólico para el Africa Negra francesa en 1959, y después, como internuncio en Dakar. Es, pues, en calidad de agente diplomático del Vaticano como Su Excelencia Monseñor Maury estaba en contacto con los agitadores nacionalistas portugueses. La confesión es suficientemente importante para ser subrayada.

hace imperiosa nuestra obligación de guardar con solicitud los parapetos cívicos que hemos escogido.

Estaremos tanto más firmes en ellos cuanto más segura tengamos la conciencia de lo que es nuestro derecho, el de nosotros los seglares, de intervenir en semejante materia. Nuestras intervenciones serán tanto más beneficiosas, tanto más eficaces, cuanto tengamos una comprensión más clara de la doctrina que esas intervenciones deben invocar.

Al punto a que han llegado las cosas, ahí tenemos un deber de salvación pública.

Sin necesidad de poner en duda las buenas intenciones de tantas gestiones, de tantas declaraciones eclesiásticas, en calidad de seglares celosos si no inquietos por el porvenir de las Ciudades que defienden nuestros hogares, tenemos no solamente el derecho, sino el deber, de protestar, el derecho y el deber de decir "no", el derecho y el deber de combatir esas infiltraciones revolucionarias por vías y autoridades clericales.

Ciertamente que un seglar no tiene derecho de prohibir al Papa que acoja a quien quiera. En otro tiempo, emisarios del Gran Turco, y hoy de los peores subversivos. Pero lo que un seglar católico tiene derecho y deber de exigir es que las modalidades, las formas, la apariencia, la publicidad, la explotación de ese género de contactos no se conviertan en argumentos subversivos y revolucionarios de uno a otro confín del planeta. Lo que un católico tiene el derecho y el deber de exigir es que esta clase de acogida no pueda ser objeto de comentarios tan escandalosos como los de Su Excelencia Monseñor Maury, actual arzobispo de Reims; antiguo internuncio en Dakar, donde, según propia confesión, ha sostenido relaciones con los agitadores revolucionarios portugueses.

Vergonzosa manera de favorecer la peor política, al mismo tiempo que se proclama que la Iglesia no hace política.

Para terminar: nuestro deber será, por tanto, de aquí en adelante, combatir el más escandaloso de los *politique d'abord*: un *politique d'abord* revolucionario bajo la presión y el tráfico de influencia eclesiástica.